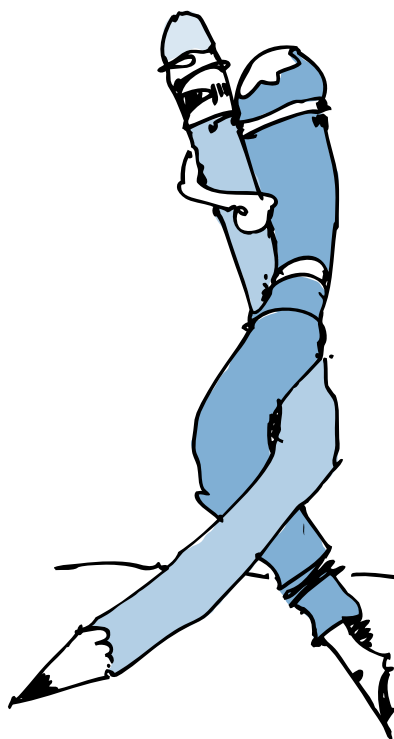


Educar para aprender a vivir juntos: una aproximación al fomento de capital social en México

Juan Carlos Mondragón Quintana



Pero, ¿cómo aprender a vivir juntos en la “aldea planetaria” si no podemos vivir en las comunidades a las que pertenecemos por naturaleza: la nación, la región, la ciudad, el pueblo, la vecindad? El interrogante central de la democracia es si queremos y si podemos participar en la vida en comunidad. Quererlo, no lo olvidemos, depende del sentido de responsabilidad de cada uno. Ahora bien, si la democracia ha conquistado nuevos territorios hasta hoy dominados por el totalitarismo y la arbitrariedad, tiende a debilitarse donde existe institucionalmente desde hace decenas de años, como si todo tuviera que volver a comenzar continuamente, a renovarse y a inventarse de nuevo.

Jacques Delors

Reflexionemos sobre las políticas educativas de nuestro país: ¿están encaminadas al fomento de la participación de los jóvenes en la vida social y política de México?

Se intenta recordar primero lo que implica el proceso de educación del ser humano, sobre todo en la dimensión de lo social, para luego recoger las tesis sobre la relación existente entre sociedades participativas y desarrollo humano, analizar cifras sobre la vida cívica de los jóvenes en nuestro país y concluir con los aspectos que deben revisarse en materia de fomento a la participación en ese sector.

La educación, tal como lo señala Efraín González Luna Morfín, “es el proceso de actualización de las capacidades de perfeccionamiento de los seres humanos... es sacar algo que está implícito, es manifestar algo que está escondido, desplegar algo que está enrollado”.¹ Al ser un proceso que tiene que ver con la persona humana desde una perspectiva integral, un sistema educativo coherente con esta visión debe aspirar a perfeccionar el entendimiento, la conducta, la memoria, la voluntad, la afectividad y la capacidad de decidir, tanto en la vida personal como en la vida social, todos ellos en un enfoque de

trascendencia. Es así que los cuatro pilares de la educación² que sugiere la UNESCO –aprender a conocer, aprender a vivir juntos, aprender a hacer y aprender a ser³–, apuntan en esta dirección.

Debido a lo anterior, y dado que la persona humana es un ser social que por naturaleza necesita de los demás para perfeccionarse y alcanzar la plenitud, los programas educativos deben enfatizar el fomento de la participación cívico-política, particularmente en los jóvenes. A decir de González Luna

¹ González Luna Morfín, Efraín. La Educación: Visión y Mensaje, Secretaría de Educación del Gobierno de Jalisco, México, 2000, p. 13

² Delors, Jacques, et. al. La educación encierra un tesoro. Informe a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre la Educación para el Siglo XXI, UNESCO, 1996, p. 18 y 19.

³ Ibid.

Morfín, el reto de la educación radica en “ser capaz de mantener y desarrollar la responsabilidad personal y la cooperación, sin despersonalizarse en la relación con los demás, de tal manera que se coopere, se haga obra en común, se busque el bien común del grupo, pero no por eso se caiga en situaciones de despersonalización masificadora”.⁴

Sin embargo, el vertiginoso proceso de mundialización de nuestra era y el individualismo característico de ella, como lo señala el llamado Informe Delors⁵ nos obligan de manera urgente a poner atención en la política educativa, para que ésta contribuya a mayores canales de participación que faciliten alcanzar mejores niveles de desarrollo.

En efecto, el reconocido autor y profesor de Harvard, Robert Putnam, nos muestra que una sociedad con mayores niveles de participación alcanza mejores niveles de desarrollo. Mediante un estudio comparativo presentado en su libro *Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy*,⁶ Putnam, releyendo a Almond y Verba,⁷ demuestra que a mayor capital social —es decir, las instituciones, relaciones y normas que conforman la calidad y cantidad de las interacciones sociales de una sociedad—, le permite al norte de Italia lograr tasas significativamente más elevadas de gobernabilidad, de rendimiento institucional y de desarrollo que aquellas con menor capital social.

El trabajo de Putnam, primero en su tipo e iniciador de nuevos estudios bajo este enfoque, compara el desarrollo de variables tales como número de votantes, lectores de periódicos,

miembros de grupos corales y clubes de fútbol, así como la confianza en las instituciones públicas entre las distintas regiones de Italia, en un periodo de 20 años. Si bien todavía hay un esfuerzo importante por estandarizar y unificar la medición del capital social, hoy por hoy podemos dar por cierta la audaz aproximación de Putnam en esta materia.

En este sentido es pertinente revisar qué comportamiento muestran los jóvenes en aspectos tales como la participación en las urnas durante las distintas jornadas electorales, o la asidua lectura de medios informativos. También es válido conocer el número de asociaciones estudiantiles, deportivas, religiosas o sociales en que participan. De igual manera, es preciso analizar a detalle los niveles de confianza que presentan los jóvenes en sus instituciones.

Si bien esta información corresponde a un minucioso estudio, a manera de aproximación podemos tomar los datos vertidos por la Encuesta Nacional de Juventud del año 2000 y los resultados preliminares del 2005. Ambos estudios fueron desarrollados por el Instituto Mexicano de la Juventud⁸ ante diversas facetas de la vida de los jóvenes.

Por ejemplo, la versión de 2000 señala que de los jóvenes con edad para votar, 83.1% posee credencial de elector; del mismo total, casi ocho de cada 10 han votado alguna vez; y 67.8% votaron en las últimas elecciones. Los jóvenes muestran que, entre las razones para votar, 37% lo plantea como un derecho, mientras que la tercera parte lo entiende como una forma de participación y 23.7% como un deber. La mayoría de los que no votaron arguyen la pérdida de la credencial como el principal motivo por el que dejaron de cumplir este deber.

Los temas en que los jóvenes es-

tarían dispuestos a participar son actividades por el respeto a los indígenas, defensa del medio ambiente, la paz y los derechos humanos, y aquellas cosas por las que los jóvenes no estén dispuestos a participar son actividades a favor del aborto, en actos de partidos políticos, por los derechos de los homosexuales y, en menor medida en protestas ciudadanas.

Según lo muestra la encuesta, en temas de política los jóvenes aprenden de los medios de comunicación. La televisión es un medio fundamental para que conozcan lo que acontece a su alrededor, pero confían poco en ella, siendo generalizada esta desconfianza hacia todos los medios de información.

La confianza que los jóvenes tienen en las diversas instituciones es en general baja; la familia y la iglesia absorben los mayores porcentajes (alrededor de una tercera parte confía en ellas); las menos confiables según ellos son los partidos políticos y el Congreso.

En la percepción juvenil sobre los problemas del país destaca la pobreza como el más grave, seguida de una variada significativa de desempleo y corrupción.

Por su parte, la Encuesta Nacional de Juventud 2005 señala que sólo cuatro de cada diez jóvenes participan en asociaciones o grupos deportivos, 12.4% en grupos religiosos y 11.6% en asociaciones estudiantiles. En cuarto lugar aparecen los grupos culturales y/o artísticos con 7.4%. El restante 7.5% declara nunca haber participado.

Este instrumento destaca que los jóvenes tienen aproximaciones esporádicas a temas públicos a través de los medios. Es importante señalar que, con respecto al interés por este tipo de información, los mayores porcentajes están centrados en “a veces” y “nunca”.

También llama la atención que los jóvenes están poco o nada interesados en la política, rasgo que distingue más a las mujeres. Los varones que

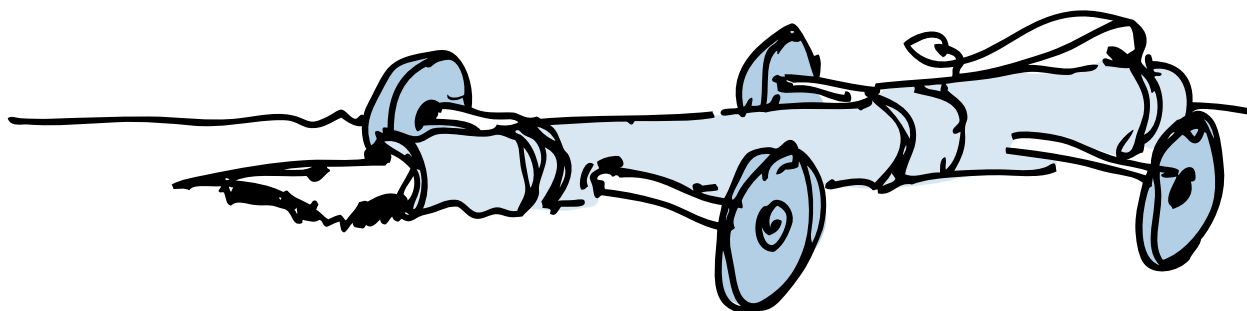
4 González Luna Morfín, Efraín. La Educación: Visión y Mensaje, Secretaría de Educación del Gobierno de Jalisco, México, 2000, p. 39

5 Delors, Jacques, et. al. La educación encierra un tesoro. Informe a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre la Educación para el Siglo XXI, UNESCO, 1996, p. 12 a 14

6 Putnam, Robert, et. al. *Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy*, Princeton University Press, 1994.

7 Almond G, y Verba S., *The civic culture*, Princeton University Press, 1963.

8 Instituto Mexicano de la Juventud, Encuesta Nacional de la Juventud 2000. Resultados Generales, en www.imjuventud.gob.mx.



están interesados mucho en la política (18.8%) doblan el porcentaje de las mujeres (9.1%). La edad también es un factor determinante, pues entre menor sea la edad, mayor es el desinterés. La razón del desinterés se debe a que simplemente no les interesa. La segunda razón que muestran los jóvenes radica en que consideran que los políticos no son honestos.

Es destacable que los jóvenes se consideran capaces de actuar políticamente sólo a través de las urnas. Con respecto a las jornadas electorales, seis de cada 10 jóvenes afirman que sí vale la pena votar, y dos de cada 10 dijo que no. Otros dos respondieron que “depende”.

Cinco de cada 10 jóvenes piensan que la democracia es una forma que sirve para elegir gobernantes, dejando muy por debajo las opciones de “para resolver las injusticias de la sociedad” o “para que la gente pueda exigir cuentas al gobierno”. Esto significa que los jóvenes privilegian la visión instrumental de la democracia sobre la visión del compromiso. Más de la mitad, 54.6%, coincidió que la democracia es preferible a cualquier otra forma de organización política.

Los resultados preliminares de la encuesta también señalan que “la democracia es concebida más con un formato electoral que como un sistema de gobierno”.⁹ Igualmente se pidió a

los jóvenes que calificaran el nivel de confianza que tienen sobre ciertas personas: la familia es la institución social mejor calificada, alcanzado un promedio de 9.2; los siguientes mejor evaluados son las personas con las cuales conviven cotidianamente, por ejemplo, con las que estudian y trabajan; seguidas por las personas que son más pobres que ellos, con ocho de promedio. Los individuos peor evaluados son las personas más ricas que ellos y los líderes de la comunidad. Ningún personaje evaluado está reprobado, aunque el documento exprese considerable la profunda diferencia que existe entre la familia y el resto de las personas.

La familia es la institución mejor calificada y a la cual se le tiene plena confianza (con niveles de 9.1), enseguida están los médicos con un 8.5 y la escuela con 8.3 de promedio. Las instituciones y personajes calificados con menores niveles son la policía con un promedio de 5.9, los partidos políticos y los diputados federales con 6 y los sindicatos con 6.5. Algunas instituciones con tradición democrática y autónoma como el Instituto Federal Electoral y la Comisión Nacional de Derechos Humanos tienen niveles intermedios de 7.3 y 7.6 respectivamente.

En México, las políticas públicas promotoras de la educación para la participación cívica se han venido

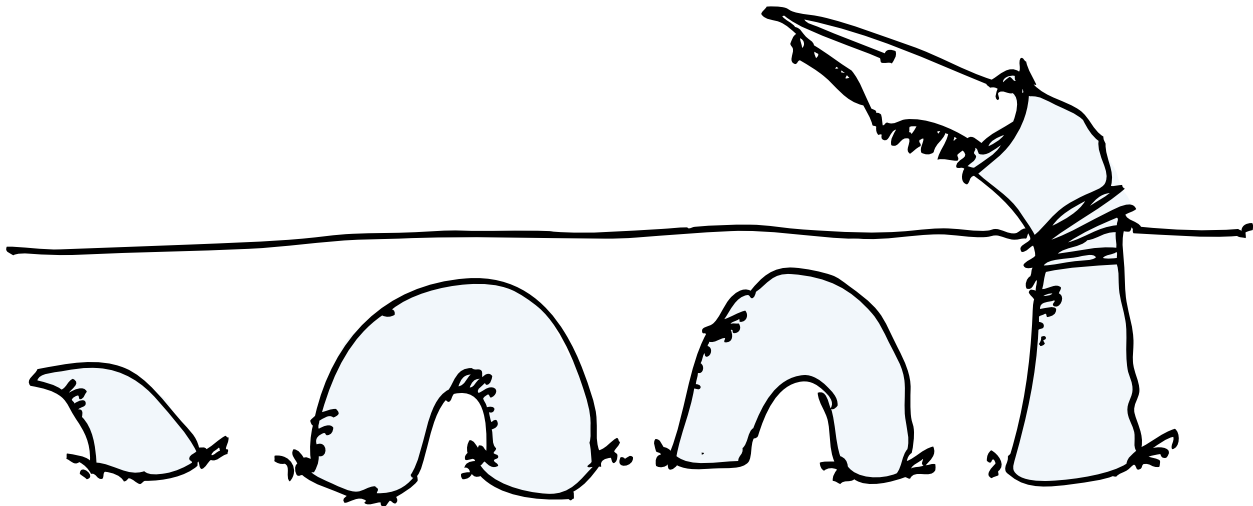
incrementado. Así, durante el sexenio del presidente Vicente Fox, el Programa Nacional de Educación 2001-2006 establece acciones vinculadas con el fortalecimiento de contenidos educativos específicos y producción de materiales impresos, entre ellas las de “impulsar la formación ciudadana y el desarrollo de una cultura de la legalidad en el aula y en la escuela” mediante acciones como “introducir prácticas educativas en el aula y en la escuela que contribuyan a la formación de un ambiente educativo que propicie las mejores condiciones para que los alumnos aprendan a convivir y a interactuar con los demás”; de igual manera, “que las relaciones que establezcan en el ámbito escolar se basen en valores como el respeto, la tolerancia, la igualdad y la justicia”.¹⁰

Para apoyar lo anterior, el Pronae establece metas específicas como el desarrollo de un programa intersectorial de formación ciudadana, la incorporación de escuelas de educación básica al Programa, la aplicación de la nueva asignatura de Formación Cívica y Ética para primaria y secundaria y el desarrollo de materiales específicos. De aquí deriva el Programa de Formación Ciudadana hacia una Cultura de la Legalidad como una estrategia para apoyar el cumplimiento de las líneas de acción y metas establecidas en el Pronae en materia de formación ciudadana.

9 Instituto Mexicano de la Juventud, Encuesta Nacional

de la Juventud 2005, Resultados Preliminares, en www.imjuventud.gob.mx.

10 Programa Nacional de Educación 2001-2006.



Este programa propone dos acciones: la creación de una asignatura optativa para educación secundaria Formación Ciudadana hacia una Cultura de la Legalidad, y la Especialidad en Cultura de la Legalidad.

En su último año de aplicación, las escuelas participantes en el programa se incrementaron más del doble, siendo ya 24 entidades federativas las que lo aplican a 143 mil 959 estudiantes de tercero de secundaria, en mil 398 escuelas, con la participación de 2 mil 123 maestros.¹¹

De igual forma, el gobierno foxista implementó el Programa Integral de Formación Cívica y Ética, el cual inició su operación de manera piloto en el ciclo escolar 2003-2004 en 12 entidades. El programa funciona mediante el sistema de competencias, entendidas como conjuntos de capacidades complejas que permiten a los niños y las niñas actuar en situaciones que les

plantean retos y les demandan soluciones creativas. El enfoque de educación organizado por competencias los capacita para que, en situaciones cotidianas, puedan poner en juego conocimientos, habilidades, actitudes, creencias, comportamientos y estrategias, muchas de las cuales son síntesis de otros aprendizajes.¹² Este programa tuvo un impacto en cerca de 14 millones de jóvenes.¹³

No obstante, estos avances no son suficientes en una nación que presenta un panorama cívico-social poco prometedor. El inicio de un nuevo gobierno representa una oportunidad única en la historia de generar políticas públicas integrales, que fomenten entre los jóvenes la adquisición de valores, conductas y prácticas que favorezcan la vida común, la participación, la responsabilidad social.

Es importante resaltar que la participación cívica sólo se aprende participando. Por tanto, es válido preguntarnos qué hará el nuevo gobierno para fomentar desde la educación formal y no formal, la creación de organizaciones juveniles –deportivas, estudiantiles, comunitarias–; cómo incorporar a los medios de comunicación social a esta tarea; qué hacer para elevar el nivel de confianza en las instituciones y prestigiar a la práctica política; y cómo difundir una cultura política juvenil crítica, informada, exigente de resultados y sensible y solidaria al dolor de otros.

Lo anterior, más allá de ser un discurso político “rentable”, constituye una estrategia más para la generación de capital social, lo cual –se ha demostrado– tiene una relación directamente proporcional con el avance social de los países.■

¹¹<http://basica.sep.gob.mx/dgdgie/noticias/detallenoticia.asp?idnoticia=20069112958>

¹²<http://basica.sep.gob.mx/DGDGIE/programas/educacioncivica/presentacion.asp>

¹³ Programa Especial para el Fomento de la Cultura Democrática. Avances a Junio de 2005.